

Turquía: ¿vuelta a los orígenes o a Europa?

Michel Jobert

Jamás se ha planteado con tanta fuerza esta pregunta fundamental como después de las elecciones municipales turcas del 27 de marzo de 1994, por las cuales el partido islámico “del bienestar” conquistó al mismo tiempo Estambul, la capital histórica, y Ankara, la capital administrativa. De hecho, la pregunta está abierta a la reflexión desde 1923. El general Mustafá Kemal eligió entonces, para lo que quedaba del Imperio Otomano, la modernidad, el laicismo y la república con objeto de construir un destino para la Turquía nueva, que conservaba un pie en Europa. ¿Se injertarían con facilidad las esperanzas y las virtudes democráticas en un cuerpo enfermo, pero no privado de vigor nacional?

Desde 1989, año de la caída del muro de Berlín y del derrumbe soviético, muchos ejemplos han demostrado en Europa y en otros lugares que, tras haber cedido la glaciación dictatorial, los pueblos recuperaban, por encima de la alta barrera del tiempo, la conciencia de su pasado geográfico, histórico y religioso (por no decir, más hipócritamente, cultural). Los kurdos, instalados en cinco Estados de Oriente Próximo, entre ellos Turquía, ofrecen hoy el mejor ejemplo, pero el mosaico de los Balcanes, es también, una referencia muy próxima. Ese mismo año de 1989, Turgut Ozal, que había sido primer ministro, fue elegido presidente de la república, segundo titular civil desde Atatürk y el primer peregrino de La Meca. En 1993, poco antes de su muerte, publicó un interesante artículo: “Nos encontramos en el centro de lo que algunos denominan el triángulo de la inestabilidad, cuyos lados son los Balcanes, el Cáucaso y Oriente Próximo. En cada una de esas zonas, Turquía desempeña un papel importante para moderar tensiones que, de otro modo, podrían repercutir en el resto del mundo. Durante el último decenio, nuestro mayor éxito habrá sido completar nuestra propia democracia con una economía de mercado libre e integrarla en la economía mundial. Turquía es ya un polo de atracción para las repúblicas de Asia central, con las que tenemos vínculos étnicos, culturales y lingüísticos. Pero mientras Turquía refuerza sus relaciones con los países que la rodean, tiene necesidad de anclarse en Eu-

Michel Jobert es magistrado del Tribunal de Cuentas francés, antiguo ministro de Estado y presidente del Consejo de Estado. Ha publicado numerosas obras sobre la vida política francesa y europea, la última *Ni Dieu ni diable* (1993).

ropa para ser capaz de desempeñar realmente su papel. Tenemos la intención de conseguir en 1995 la unión aduanera con la Comunidad Europea. Esperamos llegar a ser miembros plenos de ella lo antes posible. Creemos que esta asociación confirmará que un país islámico puede efectuar la industrialización, la modernización y la democratización sin perder su herencia cultural. Revelará también la compatibilidad entre las sociedades musulmanas y los valores occidentales. Mantener a Turquía al margen de Europa, por el contrario, podría tener repercusiones fundamentales en el mundo islámico". Así, pues, todo está dicho. Estas pocas frases sencillas señalan bien las perspectivas y las intenciones. Merecen ser citadas, cuando su autor ha muerto y la situación interior de Turquía acaba de esbozar una vuelta a los orígenes que puede agudizar tanto las inquietudes como los entusiasmos.

Se debe a los geógrafos, más que a los historiadores políticos, estudios esclarecedores tanto sobre la población de la Turquía moderna como sobre el mantenimiento de las minorías turcas en los Balcanes, después del lento repliegue de los otomanos en los siglos XVIII y XIX¹. Demuestran estos estudios cómo la realidad única del núcleo central anatolio no corresponde apenas a la ambición panturania hacia el Azerbaiyán y las repúblicas musulmanas de Asia central que con frecuencia obsesiona la política turca. En realidad, el Imperio Otomano, inmensa construcción política, heterogénea por sus poblaciones, obligaba, al desplomarse, a la Turquía moderna a cristalizar una nacionalidad dentro de los límites de Anatolia. Lo consiguió por la común afiliación de núcleos étnicos muy diversos al sunismo de rito hanafita. ¡Y eso en el momento en que el laicismo se convertía en una de las voluntades mayores de la joven república! Y cuando era necesario volver a instalar a los turcos de los Balcanes tras la guerra turco-griega de 1922-1923. Junto a la religión, la lengua, modernizada, dio la unidad. En cuanto a la implantación turca en los Balcanes, en la mayoría de los casos limitada a las llanuras y siempre minoritaria, apenas habría resistido, excepto en Bulgaria, hasta una fecha muy reciente, tras la decadencia y derrota del Imperio Otomano.

De poco serviría ocuparse de las condiciones de nacimiento de una nación sin comprobar su evolución demográfica que, desde entonces, ha sido fulgurante: en 1927 (sobre unos 800.000 kilómetros cuadrados), 13 millones de habitantes; en 1994, 65 millones de habitantes, y las predicciones hablan de 100 millones en el 2020. Ankara, la capital, tiene más de tres millones de habitantes y Estambul cerca de siete. Es decir, que la variedad de las aportaciones de los Balcanes, de Crimea, del Cáucaso y de Asia central, fusionadas por la religión, se esfuma más bajo la marea demográfica. La democracia ha podido ser el elemento esencial del *melting pot* americano, como lo fue para la asimilación en Francia. En Turquía fue la religión lo que, antes y ahora, ha fraguado la identidad nacional. ¿Hasta qué punto? ¿Hasta bloquear y después destruir la obra de Kemal Atatürk, impuesta con imperiosa determinación?

Son estas dos preguntas las que, desde las elecciones de marzo de 1994, hacen más complejas y dudosas las relaciones de Turquía con sus socios habituales. En su vecindad inmediata, se queja especialmente de la actitud

de Irán, Irak y Siria, sospechosos de sostener al PKK (Partido de los Trabajadores del Kurdistan). Ayudar al terrorismo es una especialidad de sus tres vecinos. Por más que los dirigentes turcos repitan que los kurdos de Turquía comparten la misma religión que los otros turcos; que son sunitas; que el 65 por cien vive al oeste de Ankara, lejos de su área de origen; “que no son una minoría, sino una parte importante de la sociedad (cerca de 12 millones), que 100 parlamentarios de los 450 son kurdos; que todos son ciudadanos “totales”; el ejército está movilizado desde hace diez años para vencer la rebelión y el terrorismo. Esta batalla no parece ser más antikurda que anti-irlandesa es la lucha de los británicos contra el IRA. Sin embargo, hay una llaga abierta en el costado del país y ha llegado a las ciudades, donde los candidatos islamistas han sido apoyados por los kurdos. ¿Por qué son los más pobres, los más reprimidos? Los dirigentes turcos se dan cuenta de que, dejando a la sociedad religiosa recuperar sus señales de antaño, ceden a la facilidad, incluso a la fatalidad. Pero al hacerlo, al mismo tiempo, abren la puerta a los sobresaltos que se producen actualmente en el mundo árabe, sin tener la seguridad de poder resistir a la demagogia que los Estados vecinos no dejan de utilizar y de atizar contra ellos. La comunidad kurda les ofrece un terreno favorable. Evidentemente, los occidentales asisten con turbación a estas desviaciones no dominadas. ¿Cómo pueden desear entrar en un camino común con un socio que se separa poco a poco del laicismo fundador de la república y que cede al mismo tiempo a todas las corrientes que llevan las miasmas del integrismo?

Si la mutación económica en curso experimentara resultados rápidos y brillantes, sería, desde luego, un factor de estabilidad, en el momento en que la resistencia kurda no deja de endurecerse. En diez años, la guerra en el Kurdistan contra el PKK habrá costado 25.000 millones de dólares. Harán falta 6.000 para el año 1994. Ahora bien, los resbalones económicos se multiplican. Crisis monetaria: la libra turca ha perdido la mitad de su valor en un año. La inflación va a alcanzar el cien por cien. Los tipos bancarios de día en día varían de 500 a 1.000 por cien. Dos devaluaciones se han producido ya en 1994. Los precios de los bienes de consumo suben, en consecuencia, del 45 por cien al 100 por cien, reduciendo en proporción el nivel de vida de las familias. Las finanzas públicas se degradan, al tiempo que el crecimiento se frena. El Gobierno de Tansu Ciller decidió, al comienzo de la primavera, un vasto programa de reestructuración del sector público, todavía generosamente subvencionado por el Estado y factor de deterioro de los equilibrios financieros. La OCDE acaba de dedicar un informe a Turquía y subraya que la financiación del sector público alcanzó el año pasado el 16 por cien del PIB, acelerando la inflación hasta 1995, al menos. La OCDE, siguiendo teorías muy clásicas, propone que se renuncie a las financiaciones monetarias, que se fomente el ahorro privado y que se refuercen los impuestos indirectos. En fin, más a la moda aún, la organización internacional recomienda la privatización de las empresas económicas estatales que en 1993 absorbieron el 2,5 por cien del PIB.

Otro objetivo de Tansu Ciller, y por consiguiente de su partido, el DYP, es el campo: reestructurar el sector agrícola, que siempre ha sido y

sigue siendo determinante en la economía turca, para la que representó el 42 por cien del empleo en 1993 y el 16 por cien del PIB, mientras que la explosión demográfica no se ha reducido apenas. Entre las ambiciones de su vasto programa parecen figurar la privatización de las empresas agrícolas y la desreglamentación de los mercados, la utilización más controlada de las subvenciones, reorientadas hacia la formación de las poblaciones y la creación de infraestructuras. Mientras tanto, el déficit exterior se elevó en 1993 a 5.000 millones de dólares (cinco por cien del PIB), reflejo de lo que pesa la demanda interior sobre las importaciones. Nadie duda, sin embargo, de que Turquía dispone de un sector empresarial emprendedor, que sabe librarse de las dificultades y estar presente en los mercados internacionales. Pero ¿podrá verificarse la mutación económica antes de que la tentativa de Mustafá Kemal, hace ya sesenta años, de crear una nación nueva, se descarríe? La reivindicación kurda se ha estructurado y consolidado. Turquía está en guerra con una parte de su propia población, si se admite la ficción oficial. La mitad del ejército está dedicada a ello, a pesar de numerosas deserciones entre los jóvenes reclutas y una carga financiera enorme.

Y si la mirada se vuelve sobre el exterior, el conflicto greco-turco mantiene la primera y persistente barrera en el camino hacia Europa. Es útil discernir si se ha levantado por ello o por razones más complicadas. Y si Europa desempeña algún papel en este estado de hecho del que tuviera que reprocharse.

El conflicto greco-turco persiste de manera más o menos larvada, sin que nadie, incluida Turquía, se preocupe mucho, excepto Grecia. Para ella, Turquía se ha convertido en un gigante demográfico y militar (la población turca es seis veces superior a la de Grecia); está armada de manera desproporcionada en relación a sus vecinos (griegos, búlgaros, iraquíes e iraníes). Entre las dos guerras, el desequilibrio de un tercio de las fuerzas era soportable, pero se ha convertido en una amenaza permanente. Además es para los partidos políticos griegos un denominador ideológico común, mientras que en Ankara el nacionalismo, en una sociedad económica y culturalmente dividida, es una herramienta cómoda de integración. Sobre todo desde los años 1980, cuando el régimen militar y la derecha, y por consiguiente el partido de Turgut Ozal en el poder, se volvieron hacia el fundamentalismo religioso y la exaltación de las virtudes espirituales, lo que no es nunca un ejercicio neutro en manos de las iglesias o de los Estados.

Grecia y Turquía, al contrario que la Alemania y Francia contemporáneas, jamás han pensado que tuvieran un destino o intereses comunes. Grecia se volvió hacia los Balcanes y especialmente hacia Bulgaria. Turquía, que jamás vio en su vecino griego una amenazarse interesó por sus vecinos del sureste, Irak, Irán, Pakistán. Una y otra se aproximaron a Europa occidental y a Estados Unidos, sin imaginar que ello implicaría una reconciliación mutua. Los dos países están convencidos, por otra parte, de que existe entre ellos una incompatibilidad cultural fundamental. Además, la inestabilidad política de Turquía, acusada a menudo de violar los derechos humanos, hace de ella un elemento aparte del mundo occidental y europeo. Tratándose de los litigios en curso

entre los dos países, la población turca asimilaría el menor término medio frente a una derrota, porque Grecia es más molesta y calamitosa que amenazadora. Aunque aliados en la OTAN y por el Pacto Balcánico (1954), los dos países reavivaron sus querellas cuando Turquía, en 1974, invadió Chipre. La confrontación no llevó a una guerra abierta en 1976, 1977 y 1987. Ni la OTAN ni las Naciones Unidas se apresuraron a enmendar el hecho consumado de la invasión y de la partición de Chipre. Sin haberse resuelto el litigio fundamental, las violaciones del espacio aéreo griego, las minorías musulmanas en Tracia oriental y la minoría griega de Estambul, la delimitación y la explotación de la plataforma continental de las islas Egeas, la militarización de algunas de ellas y el control del tráfico aéreo son algunas de las querellas duraderas. Grecia está convencida de que Turquía es una potencia revisionista que intenta extender su influencia, incluso su territorio; por esa razón se ha adherido a la Comunidad Europea, por motivos económicos ciertamente, pero sobre todo para reafirmar su posición internacional y sostener su régimen interior. De ahí se deriva también su demanda de adhesión a la UEO.

Turquía considera, por su parte, que las amenazas sobre su seguridad vienen del Este, o incluso de rebeliones interiores. Oriente Próximo, a pesar de numerosas afinidades culturales y religiosas, el conflicto árabe-israelí, y ahora la inestabilidad rusa y sus secuelas en Armenia, el despertar de minorías nacionales hasta este momento "dormidas", las subversiones izquierdistas son, sobre todo, sus preocupaciones. Se debe añadir que el desplome soviético ha reducido el interés estratégico de Turquía desde el momento en que desapareció provisionalmente la competencia Este-Oeste. La plataforma avanzada de las fuerzas americanas ha perdido parte de su interés, salvo si se desencadenara una desestabilización general de la zona, lo que no es improbable. Siendo así, Turquía tiene una ambición occidental. Por eso vela celosamente para no ser desvalorizada, ni en la OTAN ni en las relaciones con la Comunidad Europea y Estados Unidos. Sus élites están vueltas, por el momento, hacia Occidente, en busca de libertad, de progreso y de una estabilidad que se vería amenazada si el país fuera rechazado hacia Asia, donde, por otra parte, se encuentra. Sus dirigentes saben que las objeciones griegas no son un obstáculo para la adhesión a la Comunidad. Esta tiene otros móviles muy distintos para abrirse, y todos giran en torno a la misma pregunta: ¿Es "europea" Turquía? Se trata, por tanto, de convencerla: para encontrarse una identidad europea, Turquía quiere demostrar que es una potencia del mar Egeo, europea, puesto que Grecia lo es.

Ahora bien, la Comunidad ha escuchado más que actuado, aunque no fuera más que sugiriendo a los turcos que mejoren la situación en Chipre, en el mar Egeo, y que esta actitud daría más valor a su candidatura que una búsqueda agresiva de su "europeidad", en la que se comprueban manifestaciones que bloquean una reconciliación con Grecia. Pero la Comunidad jamás ha propuesto un plan de solución pacífica en Chipre. Probablemente, porque no desea apresurar o facilitar la adhesión de Turquía. Si no, su arbitrio habría debido ya ejercerse con ciertas probabilidades de éxito, puesto que Chipre tiene verdadera vocación europea.

De la misma forma, la OTAN no ha dado muestras de la menor temeridad para resolver el conflicto greco-turco. Ha considerado que estos dos miembros, excéntricos respecto a las amenazas y objetivos principales, no justificarían una iniciativa audaz. “Estados Unidos no desea hacer de intermediario entre Grecia y Turquía”, dijo en 1992 el general Haig. Para ellos, siempre se ha tratado de “tensiones regionales”, que no afectaban apenas a su posición en cada uno de los dos países, puesto que aseguraban a Turquía una protección contra las presiones soviéticas y los créditos para su desarrollo y a Grecia una ayuda militar evaluada en los siete décimos de la concedida a Turquía. Los aliados no presionaron para que ésta abandonara Chipre y no lo harán probablemente nunca, a pesar de las declaraciones de Bush sobre el respeto debido a las resoluciones de las Naciones Unidas. La OTAN no ha dicho nada sobre las cuestiones egeas que, sin embargo, son de su competencia.

Ni Europa ni las estructuras internacionales han propuesto, pues, ni procurado imponer soluciones posibles a Grecia y a Turquía. Si ésta llega a asociarse a Europa, es seguro que, antes o después, le será necesario cooperar con Grecia más que amenazarla, como hoy, con cierta desenvoltura, considerándola como una cuestión de irritaciones menores. Han faltado, desde 1949 (Alianza Atlántica) y desde 1957 (Tratado de Roma entre los Seis), para esta zona, puerta o antecámara del complicado Oriente, no sólo ideas sencillas sino una voluntad fuerte de arbitraje colectivo. Quizá la Turquía moderna, que está aún lejos de haber reunido todos sus títulos, sin estar segura de conservarlos, podría haberse acercado más a los destinos occidentales. Habría revelado así al mundo islámico, en dolorosa búsqueda desde el siglo XII sobre el lugar y la responsabilidad del creyente en la ciudad, que el progreso no es la reproducción del pasado o la vuelta a la imagen que ha dejado. Kemal Atatürk midió la grandeza de lo que se ponía en juego. Sus sucesores han confundido las huellas y pronto no desearán que Occidente les ayude a reencontrarlas, en su idolatría del conformismo histórico.

Pero es evidente que la “turquicidad”, el sueño panturco, del que Kemal Atatürk se guardó como de la peste, va a intervenir ahora positiva o negativamente. Si esta política cuaja, exaltará naturalmente el factor religioso, paralelamente al factor étnico, y no es seguro que este elemento pasional deje de tener éxito en las perturbaciones fundamentalistas del mundo musulmán. Pero si la empresa fracasa, sobre todo en el plano económico, porque requiere medios de los que Turquía no dispone, salvo intervención de los occidentales, volverán las ambiciones de Turquía hacia Occidente y especialmente hacia Europa.

No es sorprendente que la dislocación del bloque del Este y de la URSS haya desvalorizado la posición estratégica de Turquía, aunque la crisis del Golfo haya mostrado a Occidente que Turquía era uno de los pilares de la seguridad de sus aprovisionamientos petroleros. Vemos, sin embargo, a las comunidades turcoparlantes del Cáucaso y de Asia central lanzarse sin freno a la noción de un “área turca” de 150 millones de turcoparlantes, complejo geoestratégico que va de los Balcanes al Turques-

tán. Ya se han liberado de la tutela soviético-rusa Azerbaiyán, Turkmenistán, Uzbekistán y Kirguizistán. Otros siguen bajo la tutela de la Comunidad de Estados Independientes. Tayikistán, por su parte, es de lengua farsi, pero de confesión sunita. Durante mucho tiempo, adoptando la prudencia de Kemal Atatürk, los dirigentes turcos se abstuvieron de recordar el “mundo turco”, de estimular los movimientos “panturcos” o “panturianos” que incluso sueñan con unir a turcos y mongoles. La guerra fría soviético-norteamericana apenas estimulaba a Ankara a cometer semejante imprudencia frente a Moscú. Pero ahora la “turquicidad” está en el lugar de honor, esta pertenencia al mismo grupo etno-cultural, y al islam por consiguiente, ya sea chiíta (como los azeríes), ya sunita como en Turquía (donde, sin embargo, existe una minoría chiíta). La lucha actual entre los armenios (objetos de genocidio de 1915 a 1918) y los azeríes apasiona a la opinión turca. Es cierto que el Imperio Otomano jamás administró los países de Asia central ni los del Cáucaso. En Occidente, igual que en Turquía, se puede mantener que la unidad de los “turcos del exterior”, fomentada por Turquía, sería una avanzada de Occidente, de sus métodos, de su democracia... y de su capital, porque Turquía vive ya según el modelo occidental. La televisión turca riega las repúblicas centroasiáticas. Y, por otra parte, los países de la OCDE y en especial la Comunidad Europea (en un 52 por cien de sus exportaciones) son los principales socios comerciales de Turquía. Su voluntad de estimular los intercambios económicos regionales no es dudosa, incluso aunque los medios de financiación sean cruelmente escasos y no puedan llegar masivamente más que de Occidente. ¿Querrá éste pasar por el intermedio turco o deseará tratar directamente con las repúblicas turco-parlantes de la antigua URSS? Estados Unidos, Alemania, Japón, e incluso Francia (en Kazajistán), muestran preferencia por la vía directa, tanto más cuanto que la herencia metodológica y conceptual soviética pesa todavía sobre estas repúblicas “turdas” y complica su enfoque económico.

Si Turquía quiere ser, en esta dirección, un modelo en el plano político, dando el ejemplo de un régimen democrático y laico en una población musulmana, con un tipo de desarrollo que privilegia inicialmente el estatismo y después una apertura liberal, le hará falta un esfuerzo considerable para seguir siendo un Estado laico y dejar de cometer imprudencias. No ha hecho más que olvidar demasiado hasta ahora, en beneficio de arreglos políticos, la imperiosa sabiduría de Kemal Atatürk, y ese deslizamiento corre el peligro de acelerarse en el transcurso de los meses próximos, modificando, entonces, toda la geopolítica de la región.

Notas

¹Xavier de Planhol. *Les nations du prophète. Manuel géographique de politique musulmane*, París: Fayard, 1993.